

Capítulo II: El Reencuentro... ¿Cómo aman las mujeres?

Llegó a Barcelona sin ningún atasco, tal como había previsto, y a las cuatro de la tarde cerró la puerta tras de sí. Hacía tres años que vivía en este pequeño piso que para ella era su refugio; pequeño pero confortable, luminoso y de amplias vistas. Era todo lo que necesitaba.

Poder mirar por la ventana en las largas horas de trabajo en casa, ver la montaña por un lado y la ciudad a sus pies con el mar de fondo por el otro, le ayudaron a tomar la decisión a la hora de adquirirlo. Estaba situado en un complejo construido con motivo de las olimpiadas del 92, por ese motivo le llamaban villa olímpica de la Vall d'Hebron. Sin embargo, para ella, lo más importante y por encima de cualquier otra consideración, era que estaba situado al lado del metro y esto le facilitaba los desplazamientos diarios.

No tenía hambre, se preparó un té con crema de leche mientras se cambiaba la ropa por una más cómoda y menos fúnebre, y se sentó en la pequeña terraza con vistas a la sierra de Collserola: verde pletórico porque este año las lluvias habían sido generosas, salpicada de un amarillo intenso por las ginestras en flor que a ella tanto le estimulaba.

Pensó que era una persona afortunada: tenía todo lo que podía desear. Unos hijos maravillosos a los que su marido y ella habían sabido inculcar unos principios básicos que les servirían para empezar a caminar por la vida, basados en el respeto hacia los demás y hacia ellos mismos. Supieron asumir la separación de sus padres y estar de acuerdo en que era lo mejor para ellos. Seguramente éste era un claro ejemplo del respeto con que sus hijos asumían las decisiones de los demás y un signo de la madurez con que empezaban a conducir sus vidas.

Desde que ingresaron en la universidad; primero Oriol y después Jaume, ambos habían insistido en independizarse y compartir un piso de estudiantes. Abandonaron el hogar familiar volviendo sólo los fines de semana, cargados de ropa sucia y un hambre atroz, hasta que también aprendieron a resolver las cuestiones domésticas y sus visitas cada vez se espaciaron más. Seguían manteniendo el contacto casi diario a través del teléfono, la mayoría de las veces para hacer consultas prácticas sobre cómo cocinar unos macarrones o la temperatura del agua para hacer la colada.

Posiblemente este hecho había precipitado la decadencia de su relación matrimonial ya un tanto malograda y sin demasiados estímulos. Volver a casa cada noche sin la obligación de mantener la unidad familiar y dar ejemplo de matrimonio perfecto, no sólo no era motivador, sino que además había evidenciado aún más lo que para su marido y para ella ya era latente desde hacía tiempo: se seguían queriendo pero ya no vibraban juntos.

La suya ya no era una relación tan perfecta, ya no era necesario engañar a nadie y mucho menos a ellos mismos. Aceptaron lo irremediable, y de mutuo acuerdo y con el respeto y el cariño que siempre se habían profesado, acordaron que lo mejor para ambos era empezar de nuevo por separado. Permitirse descubrir nuevos caminos con renovadas energías, nuevas oportunidades. Otras parejas con las que volverse a ilusionar tal vez. Redescubrir a través de otras

personas la pasión que en un principio les arrebatava los sentidos; llevándoles al éxtasis que ellos ya habían dejado de sentir y desear cuando estaban juntos. No sabía si su exmarido había sido el hombre de su vida, pero lo que no dudaba era que había sido muy feliz junto a él, hasta que el amor se les acabó. Y cuando éste se acabó, supieron despedirse sin hacerse daño, guardando sólo los buenos recuerdos de su vida en común. Si tuviese que volver atrás lo volvería a escoger a él, si tuviese que volver a elegir un padre para sus hijos no lo dudaría ni un momento.

También se sentía satisfecha de su trabajo de traductora que le permitía vivir holgadamente, y lo que era más importante, la mantenía viva con cada nueva traducción que emprendía. Con cada nuevo libro que reescribía en otro idioma distinto al original, poniendo sus propias palabras: como si ella misma fuese realmente la protagonista. Vivenciando cada una de las escenas que otros habían inventado para personajes tan diferentes a ella.

Y luego estaba Juan. Juan, cargado de dulzura, de ternura, de vida. Sólo pensar en él conseguía que su cuerpo se estremeciera, toda su piel se electrizaba como cuando presentía que él se acercaba. Recordaba su último encuentro: la última noche de amor, el último desayuno cargado de miradas de complicidad.

Tomó otro sorbo de té mientras miraba la montaña cercana. ¿Por qué se sentía tan atraída por él?: eran tan diferentes. Sus vidas transcurrían por senderos tan dispares que no entendía como habían podido llegar a encontrarse. ¿Era tal vez su satisfacción de mujer madura por haber sido capaz de atraer a un hombre mucho más joven lo que al final la había obligado a ceder a su resistencia inicial?

Cuando estaban juntos no había diferencia de edad, eran sólo un hombre y una mujer que se amaban; pero después, cuando cada cual volvía a su rutina, la realidad se imponía con toda su crueldad. Sus ciclos vitales eran totalmente diferentes, ella ya tenía su vida consolidada: sus hijos criados, su trabajo, sus amistades para salir a divertirse de vez en cuando. Sus... –y aquí se detuvo y suspiró–, cuarenta y cinco años. De acuerdo que parecía más joven y esto la complacía, cuando salía con sus amigos a alguna discoteca o a tomar algo siempre se veía rodeada de hombres más jóvenes que ella. Esto la divertía, pero sólo porque era un juego sin ningún tipo de peligro.

Hasta que apareció él. Él, dulce y tierno. Él, lleno de sueños por realizar. Él, con sus ganas de descubrir la vida. Él, cargado de deseo y pasión que quería compartir con ella. Él con sus apenas, – volvió a suspirar–, treinta años.

Nunca se había sentido atraída por hombres más jóvenes que ella. No era cuestión de edad, era una cuestión de madurez, aunque también había conocido a hombres que pasaban de los cincuenta y eran totalmente inmaduros, pero éstos no madurarían jamás. Pensó que tenía que acabar con esta relación cuanto antes y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Hacía seis meses ya que se habían conocido, y desde el primer día supo que no había futuro para ellos. Cuanto más tiempo pasase más dolor causaría la separación. O tal vez no, tal vez al final él entendería que necesitaba a su lado una mujer joven, alguien con quien compartir un proyecto común, tener hijos. ¡¡Joder!!, ¿tan importante era esto? O tal vez no, tal vez sencillamente el amor se iría apagando hasta acabarse por completo, como a tantas otras parejas de enamorados se les acababa.

Recordó entonces como le había conocido. Fue en la presentación de un libro técnico de medicina que ella había traducido. No sabía muy bien porqué, pero se presentó en Menorca, la habían invitado y el alojamiento era en un hotel rural cercano a la capital donde le habían reservado habitación, llamó para informarse de la ubicación exacta y si era mejor tomar un taxi o alquilar un coche. Le respondió una voz de hombre joven, dulce pero varonil que la tranquilizó diciéndole que no se preocupase. Al parecer la organización ya se había ocupado del traslado, pidiendo al hotel que se encargase de ir a buscar a algunos de los invitados que estarían hospedados allí a su llegada al aeropuerto, ella sería la primera persona en llegar, y la esperaría un coche con un distintivo del hotel justo a la salida del aeropuerto.

Cuando llegó reconoció el vehículo. Un hombre alto y bien parecido estaba apoyado sobre el maletero. La miró como esperando que ella dijese algo, posiblemente que al reconocer el anagrama del hotel delatara con un gesto que era a ella a quien esperaba. Efectivamente Laura comprendió que era el coche que le habían enviado a recogerla y se dirigió a él.

—Buenos días, soy Laura Sáez. Creo que me estaba esperando.

—Sí, tiene razón, su avión ha llegado muy puntual.

Reconoció por su voz que era la misma persona con la que había hablado por teléfono y esto le dio cierta tranquilidad. Había viajado por países donde nunca sabía, cuando tomaba un taxi, si acabaría en su destino o en cualquier otro lugar. Él la ayudó a poner su equipaje en el maletero y le abrió la puerta delantera del coche. Ella se lo quedó mirando sorprendida, pues pensaba que lo más correcto hubiera sido sentarse detrás. Él se dio cuenta de su desconcierto y le dijo amablemente.

—Si le apetece puede sentarse delante, será más agradable. El trayecto no es largo, pero el paisaje es precioso, sería una pena no aprovechar la mejor perspectiva.

—Gracias, aceptó. —Mientras pensaba—. Otro de esos isleños que está enamorado de su mundo y necesita exhibirlo ante todo aquel que se deja.

—¿Había estado antes por aquí? —Le preguntó, aunque su pregunta no le pareció el típico interrogatorio al que a veces someten los taxistas.

—Estuve aquí hace mucho, muchísimo tiempo, pero ya apenas recuerdo nada. —La verdad es que había estado de viaje de novios, como muchas otras parejas de su edad, pero en ese momento lo que menos le apeteecía era recordar su luna de miel.

—Creo que tiene reserva para dos noches, si lo desea podemos facilitarle un coche en el hotel para que haga algo de turismo.

—Me parece perfecto, esa puede ser una buena idea. Te lo agradezco, y te agradecería además que me tuteases. —No sabía exactamente la edad de este hombre, sólo su voz delataba que tal vez era más joven de lo que por su físico podía aparentar. Y además, y sobre todo, odiaba conversar informalmente con alguien que la trataba de usted. No tenía ni idea de quien era este tipo, pero no le gustaba crear barreras con sus interlocutores. Vestía bien y de marca. Se veía con una soltura y elegancia natural que no indicaba exactamente cual era su trabajo. Y, por lo que pudo observar, sus modales también eran seguros y educados.

A partir de ese momento, conforme iban avanzando por parajes realmente idílicos, él hacía alguna observación sobre el lugar por el que

pasaban: cómo se llamaba, de donde provenía su nombre y cosas de ese estilo. Ella se dio cuenta de que realmente estaba cautivado por su tierra, por un momento sintió envidia, envidia sana, pero envidia al fin y al cabo. Cuando las personas que vivían en Barcelona hablaban de su ciudad sólo se les ocurría resaltar los atascos, los ruidos: las múltiples incomodidades de vivir en una gran ciudad. Por eso lo envidió, estuvo segura de que él nunca se plantearía si habría otro lugar mejor para vivir, para ser feliz. Y recordó como ella, tres años antes: cuando decidió separarse, tuvo que decidir cual era el mejor lugar para formar su hogar. Pero ella abordó el tema desde un punto de vista práctico, pensando en su trabajo, desplazamientos e incomodidades; y al final decidió lo que consideró más apropiado, pero lo decidió con la cabeza, de manera totalmente racional. Seguro que si él tuviera que elegir lo haría con el corazón.

La llamaron al móvil y al intentar cogerlo su bolso se abrió y desparramó todo su contenido por el suelo del coche. Finalmente pudo atender la llamada antes de que ésta se cortara, odiaba ir acumulando llamadas perdidas que después no tenía tiempo de contestar. Recogió todas las cosas que se le habían caído y lo volvió a poner todo en el bolso justo cuando estaban llegando al hotel. Él recogió su maleta y la acompañó a recepción, se despidió de ella con una sonrisa y le entregó su equipaje. Laura formalizó los trámites de registro en el hotel y subió a la habitación que le habían asignado.

Empezó a deshacer su maleta mientras se organizaba mentalmente. La presentación no era hasta la tarde siguiente, —pensó—, por lo tanto disponía de más de un día libre para hacer lo que quisiese. Y así, con la alegría de disponer de un día libre, fue ordenando su vestuario en el armario, procurando deshacer las arrugas que se habían formado durante el viaje. Cuando acabó de vaciar su maleta la guardó a los pies del armario para quitarla de la vista, bajó a preguntar en recepción si podía comer algo, se había levantado de madrugada y no había sido capaz de ingerir ningún alimento; sin embargo, ahora empezaba a sentir punzadas en su estómago vacío. En ese momento se estaba sirviendo el almuerzo temprano a algunos clientes extranjeros en un pequeño comedor, pudo observar que éste comunicaba con otro de dimensiones mucho mayores pero que estaba cerrado. Le indicaron que el pequeño, que además era mucho más acogedor, era el reservado para los clientes del hotel, el otro sólo funcionaba como restaurante al resto del público en los meses de mayor afluencia turística, así que entró y se acomodó en una mesa.

Almorzó de una manera rápida, sin tiempo apenas para saborear los alimentos que ingería, como siempre lo hacía cuando estaba obligada a comer sola, le incomodaba la mirada de otros comensales de mesas cercanas, que como ella misma se encontraban solos, y tampoco le gustaba la idea de leer el periódico como hacían otros para distraerse mientras comían. Firmó la cuenta que le presentaron y preguntó si tenían algún lugar donde poderse conectar a Internet, le indicaron una sala luminosa donde habían instalados varios ordenadores; y allí, sentado junto a un gran ventanal, se encontraba Juan tecleando frenéticamente. Le saludó con una sonrisa y fue a sentarse en uno de los ordenadores opuestos.

Entró en su correo, recordaba que la noche anterior había recibido varios y que aún no los había contestado. En uno de ellos le enviaban un texto que debía traducir con cierta urgencia, miró su reloj y pensó que podría dedicar una

hora por lo menos a ese trabajo. Una vez consumido el tiempo que se había concedido para ello buscó su *pendrive* en el bolso para copiarlo. Buscó, revolvió, lo sacó todo, pero no lo pudo encontrar. Entonces recordó que todo el contenido de su bolso había quedado esparcido en el coche horas antes. Se dirigió a Juan para preguntarle.

—Perdona Juan, creo que se me cayó mi *pendrive* en el coche. ¿Podríamos mirarlo por favor?

—No es necesario. —Respondió él, y metiendo su mano en el bolsillo se lo entregó.

—Gracias, estaba segura de haberlo cogido esta mañana antes de salir de casa.

—Lo encontré al aparcar el coche y no había vuelto a pensar en ello.

Ella volvió a sentarse frente al ordenador, al acceder a la información almacenada se dio cuenta que en vez de haber cogido el profesional había cogido uno donde guardaba su diario personal. Había empezado a escribir un diario el mismo día en que decidió separarse: sus dudas, sus temores, su ilusión mientras buscaba piso y lo acondicionaba después, los hombres que había conocido. Todo, todo lo que le pasaba lo iba apuntando como una colegiala de quince años.

Apuntó sus sentimientos, sus emociones. Sus ilusiones con los hombres, y sus desilusiones también. Había escrito también sobre sus relaciones sexuales: sus desencantos cuando no percibía la conexión espiritual que ella necesitaba para entregarse íntimamente a alguien. Una oleada de calor la iba invadiendo. Miró hacia donde estaba sentado Juan y éste le devolvió la mirada con una sonrisa. Dios mío. —Pensó—. ¿Y si lo había leído? ¿Qué estaría pensando de ella? Era como si la estuviese viendo totalmente desnuda. Desnuda de cuerpo y alma, se dio cuenta de que se había sonrojado y pensó que tenía que salir a la calle. Sí, daría una vuelta para airearse. Preguntaría si podía disponer de un coche y que le indicasen algún lugar de interés cercano.

Cuando pidió información en recepción le dijeron que no tenían problema en facilitarle un coche, en cuanto a qué lugares serían los más adecuados para visitar no conseguían ponerse de acuerdo. Al final decidieron preguntarle al jefe al que parece ser le gustaba recorrer todos los senderos existentes, a pie o en bicicleta, y por lo tanto debía conocerlo todo.

Laura les comunicó que necesitaba subir a su habitación para cambiarse y ponerse más cómoda y que estaría lista en un cuarto de hora. Cuando volvió a bajar le informaron que tenía un todo terreno aparcado en la puerta ya que este coche era el más apropiado para este tipo de recorridos. Ella les comentó que nunca había conducido un vehículo de estas características, y que no sabía si sería capaz de hacerlo. La tranquilizaron diciéndole que el jefe se había ofrecido a hacerle de cicerone ya que hoy era un día tranquilo y no había demasiado trabajo, naturalmente, ante tanta amabilidad ella no puso más objeciones. Al salir se encontró la misma imagen del aeropuerto: Juan apoyado en la puerta del coche que al verla le sonrió.

—Veo que te has puesto calzado cómodo, eso está bien: es más adecuado para caminar. —Aprobó.

—Perdona, me han indicado que alguien se había brindado a enseñarme algunos puntos de interés.

—Sí, es cierto, soy yo. Bueno, si tu no tienes inconveniente en que te acompañe.

–No, claro. Naturalmente que no, te lo agradezco.

Pero sí que lo tenía. Primero: porque esperaba encontrarse con un viejecito que le explicaría todas las curiosidades del lugar. Segundo: porque no tenía claro si él había estado fisgoneando en su diario personal y por lo tanto estaba al corriente de todas sus intimidades. Y tercero: porque había observado que su presencia la perturbaba y no acababa de entender porqué.

Total, era un hombre bastante más joven que ella, sin demasiada mundología por lo que había podido observar, con intereses totalmente diferentes a los suyos y, en consecuencia, sin la posibilidad de poder entablar una conversación animada e interesante para ella. Se sentó en el coche y abrochó su cinturón. Juan se dirigió a ella para indagar sobre sus preferencias.

–¿Te apetece un paseo por la costa o mejor por el interior?

–Pues, preferiría costa si no te importa. En Barcelona, a pesar de tener mar, apenas lo disfrutamos. Vivir en una gran ciudad conlleva tener que desplazarse durante mucho tiempo para cualquier cosa, la verdad es que no podemos malgastarlo mirando el mar.

–Entiendo. El problema es que estamos casi a finales de noviembre y oscurece muy temprano, no disponemos de mucho tiempo, pero intentaré que veas lo más bonito de los alrededores.

Empezaron a recorrer estrechas carreteras y caminos sin asfaltar. Al final, casi siempre acababan en alguna pequeña cala o en algún acantilado de vistas impresionantes. Él le iba explicando el nombre de los lugares que recorrían y alguna de las leyendas que daba significado a su nombre. La mayoría de las veces todo tenía un origen romántico o bien dramático, en cada una de las historias que le explicaba, en cada pequeña anécdota, ponía tanta emoción que parecía que él mismo las había inventado.

Esto llamó su atención. Acostumbrada como estaba a traducir textos de todo tipo: técnicos, científicos, literarios, tenía un vocabulario bastante amplio; sin embargo, la manera como él transmitía cada una de sus narraciones, a pesar de utilizar un lenguaje sencillo, conseguía que el oyente realmente viviera la situación como si estuviese pasando en este mismo momento.

Le llamó también la atención el que a pesar de su edad se veía una persona bastante segura de sí misma, como si ya hubiese nacido sabiendo que este era su destino, su vocación, y disfrutaba compartiendo sus conocimientos con ella como si esos lugares realmente le perteneciesen, (más tarde se enteraría que realmente algunos de los parajes que habían visitado eran propiedad de su familia). Empezó a oscurecer y por lo tanto decidieron volver al hotel. Cuando faltaban pocos kilómetros Juan le preguntó.

–¿Quieres ver todo el complejo?

–¿Qué quieres decir con todo el complejo?

Entonces le explicó que la masía, que databa de cuatro siglos antes, había sido rehabilitada para convertirla en un pequeño hotel rural. Además, a lo largo de los terrenos agrícolas que antes existían, se habían construido pequeñas casitas que se alquilaban como *bungalows* individuales, estos quedaban tan integrados en el entorno que apenas se podían apreciar. Laura, al verlos, sintió interés y le dijo que le gustaría visitar alguno de ellos si esto era posible, Juan metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y dijo.

–Pues estás de suerte creo que podré mostrarte uno.

Se dirigieron hacia una zona rodeada de bosque donde había una pequeña casita. Blanca, como era habitual en esta zona, no era grande, pero el espacio se veía amplio y despejado, decorado con los colores típicos del mediterráneo. De día seguramente estaba irradiado por la luz que entraría por los ventanales. La cocina era pequeña pero estaba totalmente equipada y aprovechada al máximo. La habitación tenía una peculiaridad y era que la chimenea estaba abierta y también se veía desde el salón. Él observó su sorpresa y le comentó que así se podía disfrutar del fuego desde el salón y también desde la cama. Ante este comentario ella se volvió a preguntar si él habría leído su diario, si sabía de su debilidad por las chimeneas, sus fantasías sobre que un hombre se entretuviese masajeando y recorriendo su cuerpo para darle placer a ella en vez de magrearlo para encenderse él.

Notó como una ola de calor invadía su cuerpo, y cuando se dio cuenta de que se iba a sonrojar se giró para mirar por la ventana. Él se le adelantó y abrió la puerta que conducía a una terraza que acababa en un pequeño jardín, éste apenas era ya visible por la falta de luz, y además estaba a un nivel un poco inferior. Apreció también unas lucecitas en la lejanía, pero parecían estar por debajo de sus pies y con la oscuridad que ya reinaba no las podía acabar de identificar. Sin entender muy bien qué eran preguntó.

–No entiendo, ¿y esas luces? –Dijo señalando hacia abajo.

–Son las barquitas de los pescadores.

–¿Ahí abajo está el mar?

–Sí, claro, no nos hemos alejado demasiado de este lugar. En realidad hemos estado dando vueltas alrededor siguiendo la costa.

–Dios, este lugar es maravilloso. Desayunar aquí por la mañana debe de ser como encontrarse en el fin del mundo.

–Cenar en las noches de verano también es como estar en el paraíso. Ahora deberíamos irnos, es de noche y ya no es posible ver nada más. Si quieres, mañana te puedo acompañar a otros lugares realmente maravillosos.

–No quisiera abusar de ti, supongo que tienes trabajo. Y, además, mañana a las seis tengo que estar en el centro de convenciones.

–No te preocupes, en esta época del año apenas tenemos nada que hacer. Algunos de los empleados ya sólo se dedican a labores de mantenimiento y pronto, en diciembre y en enero, se cierra totalmente para obras de rehabilitación y descanso del personal.

Lo dijo con conocimiento de causa, como si debiera ser así para que el mundo siguiese funcionando, o al menos ese pequeño y perfecto mundo en miniatura al que él pertenecía. Volvieron a subir al coche y se dirigieron a la entrada del hotel. Le agradeció que la hubiese acompañado y le dijo que por la mañana prefería quedarse descansando y trabajando un poco en unas traducciones. También le dijo que si algún día iba por Barcelona le gustaría poder mostrarle la ciudad igual que él había hecho.

El ofrecimiento fue espontáneo, realmente son ese tipo de cosas que la gente dice cuando conoce a alguien de otro lugar. –*Si algún día pasas por mi ciudad no dejes de venir a visitarme*–. Pero siempre se decía sin pensar, y si algún día esa persona llamaba avisando de que estaba allí, el otro intentaba escabullirse.

Tomó una cena ligera, pasó por la sala de ordenadores, comprobó si tenía algún *mail* en su correo personal y se fue a su habitación a leer un rato. Pensó

que debía descansar para poder estar fresca por la mañana, apagó la luz y al rato se durmió. Consiguió dormir, pero descansar no fue posible.

Esa noche, sus sueños estuvieron tan cargados de sensualidad, que todo parecía real. En algún momento llegó a despertarse sudada y trémula, como si al llegar al cenit de su pasión se negase a no ser plenamente consciente de ello, como si se hubiese obligado a despertarse para poder disfrutarlo. Sin embargo, una vez despierta no entendía muy bien porqué la asaltaban ese tipo de sueños eróticos. No era normal en ella y mucho menos recordarlo después. De todas maneras, las imágenes volvían a su mente con tanta nitidez como si lo estuviese volviendo a revivir, y sólo de pensar en ello su cuerpo se volvía a agitar.

Sañaba que estaba en la casita que había estado visitando por la tarde. El fuego ardía en la chimenea, ella se encontraba sentada en el amplio sofá, llevaba la misma bata de seda que por la noche dejó a los pies de la cama. Sabía que no estaba sola porque sobre la mesa se encontraban dos copas de vino, cogió una de ellas y bebió lentamente. En ese momento oía unos pasos detrás de ella, notaba como unas manos fuertes, pero suaves, se posaban en sus hombros. Sentía como se deslizaban masajéandola lentamente, el bienestar que le proporcionaba era de tal intensidad que cerró los ojos para que ninguna visión le impidiese concentrarse en ese contacto.

El masaje, que en un primer momento podría haber parecido relajante, empezó a despertar todos sus sentidos conforme ampliaba el radio de acción, siguiendo el contorno de su cuerpo, explorando cada centímetro del mismo. Notó como se deslizaban por debajo de la bata y acariciaban sus senos; suavemente, como si no quisiese despertar sus órganos sensoriales. Las manos incorpóreas deshicieron el lazo del cinturón y quedó desnuda, ella se tendió totalmente sobre el sofá para favorecer el contacto, pero sintió como unos brazos poderosos la levantaban de allí y la tendían sobre la mullida alfombra.

El masaje continuó, los movimientos eran suaves pero firmes. Las manos bajaron por su abdomen, con movimientos lentos y fluidos, acoplándose al ritmo de su respiración. Volvían a subir por el tórax hasta llegar nuevamente a sus pechos. Sus pezones estaban erectos, como si reclamasen su atención; pero ésta no llegaba sino que volvían a bajar indiferentes a esa solicitud, y seguían descendiendo hacia su vientre. Su piel se electrizaba por momentos, sentía las yemas de los dedos deslizarse a través de la parte posterior de las nalgas, notando como bajaban hasta los pies. Después sentía como volvían a subir por la parte interior, por la pantorrilla. Se deslizaban serpenteantes hacia arriba, deteniéndose en la parte interna de los muslos, acariciándolos con suavidad.

En este punto ella arqueaba su cuerpo como si ya no pudiese resistir, reclamando más. Y lo que hasta ahora sólo habían sido unas manos tomaban otra forma, se convertían en labios que besaban y succionaban, volviendo a realizar todo el recorrido; pero esta vez ya no escatimaban ni evitaban ninguna zona erógena. Ahora eran éstas su objetivo, se recreaba en cada una de ellas y con cada caricia le arrancaba un grito de placer, sentía crecer en cada uno de sus músculos el temblor que anunciaba el volcán en ebullición que pronto explotaría en el centro de sus entrañas, llevándola al borde del desmayo hasta enajenarse totalmente.

Fue en ese momento cuando despertó totalmente exaltada. Estiró el brazo hacia el otro lado de la cama, como si hubiese esperado encontrar a alguien. Vacío, estaba absolutamente vacío y frío: estaba sola. Y sin embargo, no

podía entender ese estado de excitación que la invadía, como si realmente a su lado hubiese habido alguien con quien se hubiera entregado a las delicias del amor. ¿Seguro que había sido un sueño? ¿Con quién había estado soñando? ¿Quién era el hombre que había conseguido excitarla de tal manera que se había despertado sacudida por los espasmos que provoca la culminación del placer sexual? Siguió en ese estado de dormivela consecuencia de la excitación. A ratos se preguntaba si pensaba que soñaba o soñaba que estaba pensando. Al final, totalmente embotada, su mente cedió y el sueño la venció.